



La Lectura Popular

AÑO XX.

Orihuela 1 de Octubre de 1901.

Núm. 434

DOS BROCHAZOS

—Tras, tras.
 —¿Quién es?
 —La revolución con todos sus percutularios Socialistas, nihilistas, librepensadores, katipuneros, protestantes, anarquistas, masones.....
 —¡Adelantel
 —Tras tras.
 —¿Quién es?
 —La Religión católica con sus mas virtuosos hijos. Religiosos, religiosas, ascetas, penitentes, heroes de abnegacion que amparan huérfanos, socorren desvalidos, cuidan ancianos, asisten enfermos, instruyen ignorantes, civilizan regiones salvages, cultivan las ciencias, las artes las letras.....
 —¡Atrás!
 —¿Por qué?
 —Por que la libertad impide el paso.
 —Pero ¿qué libertad es esa que abre la puerta á los pillos y se la cierra á los hombres de bien?

Meditemos.

Hace brebes dias, nuestro Ministro de la Gobernación ha dado un decreto señalan lo seis meses de tiempo para que las asociaciones comprendidas en la ley de 30 de Junio de 1887 cumplan las formalidades prescritas por la misma.

Lo cual, traducido del lenguaje de la hipocresía al idioma de la sinceridad, quiere decir que las congregaciones religiosas que hay en España deben ir poniendo las barbas en remojo para ser peladas á seis meses fecha y tomar las de Villadiego saliendo de nuestra nación por la puerta que han salido de Francia, Portugal y de mas pueblos gobernados por liberales.

Sigamos discuriendo.

Hubo un día en que por derecho natural divino y humano los hombres no necesitaban leyes que les autorizasen para obrar bien junta ó separadamente.

En aquellos tiempos nadie hablaba de

la libertad de asociacion.

Dicen que entonces no la habia.

Y en efecto no la habia para conspirar contra la patria: ni para celebrar *mitins* al aire libre y blasfemar de Dios en las barbas de la autoridad; ni para crear con el titulo de sociedades de recreo focos de inmoralidad, de corrupcion, de propagacion de errores, vicios, supersticiones y maldades; los hombres no podian juntarse para hacer estas cosas sopena de jugarse el pellejo.

Pero para obrar bien, vaya si podían.

Y nadie se metía con ellos

Y con la libertad que gozaba entonces la virtud, España llegó á tal apogeo que segun confesion de liberales tan conspicuos como D. Juan Valera, no podia llegar á mas.

Pero, la libertad de la virtud solo puede sostenerse á espensas de la represion del vicio, como la libertad del cordero solo puede sostenerse á espensas de la represion del lobo.

Y como al lobo no le convenian represiones aprovechó la primera juerga liberal para gritar *viva la libertad de asociacion*.

Y.... ¿que sucedió?

Junta de rabadanes, oveja muerta.

O junta de lobos, cordero despellejado.

En efecto desde que el lobo fué libre para asociarse con arreglo á las leyes el cordero con arreglo á las leyes ha tenido que ir saliendo y sale cada dia de todas partes con el rabo entre las piernas.

Lo cual revela que las tales leyes se dictan en favor del lobo.

Y ahora preguntamos.

¿Que nombre merecen los legisladores que legislan en favor de las bestias de la tierra y en contra de la inocencia, la justicia, la bondad y la virtud?

¿Que nombre merecen los que en sancionando cada dia el codigo penal abren la mano al asesino, al ladron, al blasfemo á la prostituta, mientras con hipocritas decretos la cierran á la ciencia, á la caridad y á la religion?

Dicen que eso es la reaccion!

¡Ja ja ja! ¡Dejad que me ria.

A vosotros os pasa con la reaccion lo que al ladron con la guardia civil; la veis hasta en el plato.

Y es que os hace sombra la conciencia y en esa sombra veis al enemigo.

Demasiado sabeis vosotros que eso que llamais reaccion y fanatismo no es otra cosa que la justicia y la virtud que os amenazan con su propio peso.

Vosotros sabeis que la orgia liberal no puede continuar indefinidamente y os tiemblan las carnes de pensar en la hora de Dios.

Pues ha de llegar esa hora y cuando llegue veremos que escusa dan de su inculcable proceder los hombres, los partidos y las instituciones que á sabiendas y con perfecto conocimiento de lo que hacen, ayudan á arrancar de los pueblos las raices del Evangelio.

Y veremos que pamplina inventan para defenderse los que llamándose católicos están ayudando á tan nefanda obra por *mor* del mendrugo de pan.

ADOLFO CLAVARANA

Los frailes y el pueblo

Relatando «*La Republique*» los pésimos efectos que la salida de los religiosos ha de ocasionar á la Francia termina su artículo con las siguientes palabras.

«Está fuera de duda que un gran número de poblaciones pequeñas experimentan hoy algo así como un desastre. Y los más notablemente perjudicados son los pobres...»

»Esta averiguación es verdaderamente picante cuando se recuerda que el Ministerio, al presentar la ley contra las Asociaciones, ponía ante los ojos de los pobres la herencia de los expulsados, que ascendia nada menos que á mil millones.

»¿En dónde están ahora estos mil millones? Ya no se habla de ellos. Sin embargo, existen. ó mejor, existían y serían para aliviar un sinnúmero de miserias. Y helos aquí que desaparecen, yéndose al extranjero y no dejando tras sí más que infortunios sin compensación y sin esperanza.

»Se contaba con mil millones de beneficios, y al hacer el balance, nos encontramos con mil millones de pérdidas.

»Decididamente el argumento era de testable.»

Lo mismo ocurrió en España con los cuantiosos bienes llamados de manos muertas; que la desamortización los hizo pasar de manos de los religiosos á las de cuatro politicastros, verdaderas manos muertas... á la caridad.

HASTA LOS MISMOS LIBERALES

Habla «*Le Figaro*».

«Veréis si esos frailes son parásitos. Pronto se verá el vacío que su ausencia va á dejar en Francia.

«A las puertas de Roma he visto trabajar á los trapenses. Expulsados de la Gran Trapa por los decretos de 1880, obtuvieron del gobierno italiano la concesión de algunos centenares de hectáreas en unos yermos de la campiña romana, en un lugar llamado las Tres Fuentes, cerca del sitio donde fué decapitado San Pablo.

«Creo que no queda ni uno sólo de aquellos colonos, pues mi amigo el Padre Esteban, el último sobreviviente, se despidió de mí en 1890 en el camastro en que comenzaba su agonía.

«Otros han venido de Francia, de Italia y el convento de las Tres Fuentes se ha convertido en una explotación agrícola de primer orden, que forma oasis en los palúdicos desiertos de la campiña. Estos «parásitos» han atraído legiones de obreros que se burlan de la «malaria» porque los frailes la han expulsado de allí después de haber sucumbido, y que viven del trabajo preparado por sus bienhechores.

«¿Quién hubiera podido sanear y fecundar aquella tierra homicida, que hacía temblar la sola idea de atravesarla en carruaje y con los cristales levantados? ¿Quién sino hombres resignados á morir? ¡Los frailes!

«No hablo de los Cartujos, cuya partida es una desgracia para Francia.

«¿No piensan que en los alrededores de Solesmes, de Ligugé, de las grandes abadías que la ley desvasta, van á crear la miseria?

«¿En cuántos millones se tendrá que elevar el presupuesto de la asistencia pública en las campiñas, antes de igualar el presupuesto de beneficios monásticos?

«Se lamentará la ausencia de los frailes, que habría que inventar si no existieran.

«No se tardará en saber lo que cuesta una ley injusta. Primeramente indigna, después arruina.»

EL ASPID

Era *El Aspid* un reptil de papel, cuya labor venenosa ejecutada con pluma y lapiz, llegó á adquirir celebridad en el mundo del simbolismo. Hacía una tirada de seis ó siete mil ejemplares, y merced á este comercio de trapo impreso podían sus autores, como

Jerónimo Paturot, gastar calcetines, remendarse los pantalones y poner el puchero.

Todo á costa de los vilipendios contra Jesucristo.

Entre los trabajos de *El Aspid*, los que más se celebraban en los antros eran los de su director, quien los suscribía con el pseudónimo de *Merlin*, presumiendo de sábio, no más porque lo único que sabía era negar á Dios, afirmar que el hombre es un animal construido como la rata y declarar que el *Cura* es una degeneración del hombre...

Todos hablaban de *Merlin* en la población sin conocerle. Habíase presentado en ella envuelto como en las nieblas del Námisis, y solo se daba á luz en las logias donde desempeñaba papeles de orador fogoso, que le valieron alta graduación y predicamento. Decíase que era hombre de historia: que había conspirado en grande, siendo por ello condenado á muerte; que había pasado en la emigración sus mejores años; en una palabra; que tenía una ejecutoria revolucionaria de muchas campanillas.

Con estos blasones, y surgiendo de la sombra como una evocación, se puso al frente de *El Aspid*, vehículo destinado á vender y rajar á la Religión, á mofarse del altar, á deshonorar al sacerdocio y á impedir la soberanía social de Jesucristo.

Un día publicó *Merlin* un trabajo que causó sensación. Era una diatriba terrible contra las *Hermanitas de los pobres*, congregación de ángeles contra la cual se desataban con frecuencia sus pasiones feroces de sectario. Contado era el número de *El Aspid* en que no había mordeduras para tan insignificante institución. En el escrito á que nos referimos se decía entre otras enormidades:

«La revolución tendrá en su día que derribar, arar y sembrar de sal esos afrentosos palacios erigidos por llamadas *Hermanitas de los pobres* con el pretexto de acoger en ellos á los desgraciados, cuando en realidad no sirven para más que hospedar lujosamente á una población holgazana de mujeres que se dan buena vida á costa de los tontos. Se cuentan cosas horribles del asilo establecido en esta capital. Mientras las tales *Hermanitas* disfrutaban de una mesa que nada tiene que envidiar á la de los magnates más opulentos, los pobres asilados perecen de hambre, faltos de la ración necesaria para vivir. Son muchos los que sucumben por anemia, y casi todos parecen espectros. Los brutales tratamientos de que son objeto exceden á toda ponderación. A algunos se les empareja y se les tiene semanas enteras ayunando á pan y agua. Días pasados se cebaron verdaderamente dos ó tres furias de toca y rosario con una infeliz anciana á quien derribaron de un empellón, logrando que se rompiera una pierna al caer. En habitación reservada la ocultaban para que el médico de la casa no se enterase del caso y probablemente morirá sin los auxilios facultativos...»

El P. Remigio, sacerdote septuagenario y director espiritual del Establecimiento, no pudo acabar de leer esta diatriba, y sin enterar á nadie de sus propósitos, se fué derecho á la redacción de *El Aspid*.

Un mocetón bardudo, de ojos torvos, rostro surcado de chirlos y aspecto de igorrote, anunció al director su visita. El anciano fué conducido al despacho de *Merlin*.

Sobre la puerta campeaban dos sables cruzados, peto y manoplas de las que se estilan para la esgrima; y en el gabinete, exornado con profusión de banderas nacionales y exóticas, ostentábase numerosos retratos de los regicidas y heresiarcas más célebres, á cuyo pie se habían colocado letreros de significación horripilante.

Sentado á una mesa de las que se llaman de ministro aparecía *Merlin* leyendo periódicos y fumando en una pipa descomunal, de

la que extraía sendas bocanadas de humo pardo y denso. Al ver al P. Remigio, ni siquiera se levantó, contestó al saludo del sacerdote con cuatro palabras secas y le indicó que podía sentarse.

Su nariz, de forma de pico de ave de rapina, ofrecía una dilatación constante en las fosas, que daban al hombre el aspecto de las fieras carniceras, sus manos descarnadas, de color terroso, parecían un manojito de sarmientos.

Cuando el P. Remigio hubo hecho este exámen ligero, sacó, del bolsillo interior de su sotana el número de «*El Aspid*» que llevaba á prevención, y señalando á *Merlin* el artículo por él firmado, le dijo con serena y reposada voz.

—Si no fuera verdad uno solo de los cargos que se contienen en este escrito, ¿haría el periódico la rectificación debida?

Merlin dirigió al sacerdote una mirada ponzoñosa, cortante como el filo de un cuchillo y respondió crudamente:

—No.

El P. Remigio se sonrió con una expresión de dulzura seráfica.

—Mucho debe ser el odio que profesa á la religión—exclamó—quien para combatir á las cosas santas se vale á sabiendas de la columna...

—Y ¿cómo probará que esto es calumnia?—ahulló *Merlin* un tanto amoscado al sentir la punzadura de aquel lanceazo.—¿Tienen Vds. preparada alguna farsa mística para persuadirme de que no es verdad lo que á mí me consta saberlo de buena tinta?

«¿La tinta á que usted se refiere—contestó el P. Remigio—es tan poco consistente, que basta una sola gota del reactivo de la verdad para borrarla? Yo venía aquí dispuesto á proponer á V. que fijara las pruebas que deberían practicarse para que adquiriese el convencimiento de que todo, absolutamente todo cuanto ha dicho «*El Aspid*» es inexacto.

—Y ¿qué demonios de pruebas podríamos practicar? Había yo de ver claro como la luz que eran falsas las especies vertidas contra esas medidas de la supuesta caridad á lo divino, y todavía no lo creería. Por fortuna estoy curado de todas las sensiblerías acerca de las obras de la mogigatocracia y el clericalismo. En mi vida de conspirador que me ha traído y llevado como judío errante hay un hecho que me pide perpétua venganza. Para sufrir una larga y azarosa emigración, tuve que abandonar á mi madre, y cuando volví supe que en esta tierra clásica de los frailes y de los curas y de las Congregaciones de caridad, se murió de hambre...

—¿Eso le sucedió á su madre de usted?

—Así me lo han referido.

—Fué una gran desgracia... Pero vea usted lo que son las cosas. Si la caridad cristiana carece de vista para descubrir todos los infortunios humanos, como obra que practican los hombres, en cambio puede probarse que ampara á los que caen bajo la acción de su mirada maternal. Para una madre que perece de hambre hay ciento de ellas, abandonadas por sus hijos que deben su existencia á las *Hermanitas de los pobres*. Y de ello es buena prueba precisamente esa anciana de quien «*El Aspid*» refiere tan descomunales patrañas.

—¡Oh! ¿Esa desdichada víctima es una madre?

—Una madre enferma, abandonada, como se olvida un pañuelo, por un hijo que, como usted tuvo el oficio de conspirador y se inscribió en la lista de las sectas, jurando guerra á Dios y pacto de amistad con el demonio.

Merlin bajó los ojos y el P. Remigio creyó adivinar que su cuerpo se había estremecido al impulso de un escalofrío.

—Mucho me holgaría—añadió el sacerdo-

te—de que oyera usted contar á esa infeliz su historia. Nadie como ella quizás podría probar á usted no solo que es falso lo que dice «El Aspid» sino que los días más serenos y tranquilos de su vida son los que ha pasado entre los ángeles que hacen profesión de endulzar las amargas horas de la vejez desvalida. Y si usted quisiera verla... oírla...

—Pero ¿es posible?—exclamó *Merlin*, abriendo desmesuradamente los ojos,—¿No es cierto que esas mujeres la tienen sectestrada, emparedada, oculta del médico para que no sepa que se ha roto una pierna y que se está muriendo entre horribles dolores...?

—Nada de eso es cierto. Esa pobre anciana sufrió una caída á consecuencia de un vahido, y recibió una leve contusión en una pierna; pero ni la lesión ofrece peligro, ni ha habido que hacer para curarla más que ponerle paños de árnica y hacerle guardar cama. En el cuarto de una de las *Hermanitas* se ha instalado para que no la moleste el ruido de los dormitorios, y mañana ó pasado se levantará del lecho buena y sana como antes. Puede usted verla cuando guste.

—Ahora mismo! gritó *Merlin*.
Y levantándose de un salto como tigre acosado por el escozor de una herida, tomó su sombrero y siguió al P. Remigio.

Diez minutos después estaban en el Asilo. Llamada la Superiora por el sacerdote, y enterada de quién era el personaje que tenía delante, y lo que pretendía, exclamó la santa mujer.

—Bien venido sea á nuestro Asilo el que no le conoce... Puede usted inspeccionarlo todo. Aquí encontrará hospedaje, no solo por un día, sino por un mes, para que se cerciore de que le han dado noticias equivocadas de nuestra casa...

—Quiero sólo ver á la mujer á quien se hace referencia en el *Aspid*,—contestó *Merlin* con voz apagada y trémula.

Entonces le condujeron por anchos corredores y galerías, inundados de luz y de aire sano, al lugar designado. Durante el trayecto observó que los asilados de ambos sexos discurren por las dependencias de la casa saludaban á la madre Superiora y al P. Remigio con respeto.

Estaban limpios, aseados y no pareciendo espectros, ni *El Aspid* que lo fundara. Buenos y saludables tomaban el sol con la avidez propia de los ancianos, irradiando sus semblantes la paz, la serenidad, casi la alegría de los goces inefables.

Habiendo llegado á la celda que iban á buscar, la Madre Superiora abrió la puerta, y el recinto apareció inundado de sombra. La enferma dormía dulcemente. El P. Remigio se dirigió á abrir una ancha ventana, mientras la Superiora y *Merlin* avanzaron hasta el lecho...

—Despierte, *Hermanita*,—dijo la Superiora,—que hay aquí un caballero que desea saber de sus labios si es verdad lo que ha publicado el *Aspid*.

La anciana se incorporó en el lecho; y como en aquél momento abriera de par en par el P. Remigio la ventana y se precipitarán por ella los rayos dorados del sol poniente, que bañaban con su intensa luz las cabezas de todos, *Merlin* y la asilada se confundieron en una mirada intensa, y resonaron dos gritos en el espacio.

—¡Hijo mío!—exclamó la anciana, tendiendo los brazos al periodista.

Y éste cayó de rodillas, sollozando y diciendo con voz sorda entre los brazos de la que le dió el ser:

—¡Perdón!

El Aspid no volvió á publicarse.
Cuando leáis en la prensa seclaria de nues-

tros días las calumnias y patrañas que inventa frecuentemente contra Obispos, sacerdotes, monjas ó religiosos, acordaos de la historia de *El Aspid*, para saber á lo que os debeis atener.

El Obrero Católico.

MEDITACION

Yo te saludo, religión sagrada.
En que al mundo nació:
Fuera de tí no hay en la tierra nada;
Todo se encuentra en tí.

Pasan cual humo la ambición, la gloria.
El fausto y el poder,
Y apenas se conserva la memoria
De lo que brilló ayer.

Pasan las halagüeñas ilusiones
De ardiente juventud,
Y apagado el hervor de las pasiones.
Las guarda el ataúd.

Todo es engaño, decepcion, mentira.
Todo falso oropel;
Tósigo en el ambiente se respira,
Se bebe amarga hiel.

Tú, Religión, purísimo consuelo
A nuestras penas das;
Bálsamo de salud, bajas del cielo
Y hasta las almas vas.

En alas de querubes el espacio
Recorres por doquier.
Y en choza humilde y en feudal palacia
Se siente tu poder.

A tu contacto, de mortal herida
Se disipa el dolor,
Y á los tristes prometes una vida
De dulzura y amor.

Nada importan las guerras y amarguras
Que en este valle ve
A quien el galardón en las alturas
Ofrece con la fé.

No aflige del destino la mudanza,
Ni su vário matiz,
A quien ánimo presta la esperanza
De una muerte feliz.

Y nunca al desaliento se abandona
Por mundana maldad
Quien busca del martirio la corona
Con viva caridad.

Sagrada religión de mis mayores,
A mi socorro ven,
Y pon de Jericó las santas flores
Sobre mi mística sien.

Rompe el prisma falaz de la mentira
Que ofusca el corazón,
Y dame en vez de la mundana lira
El arpa de Sión,

Entonces digno elevaré mi canto
Con sobrehumana luz;
Será mi lema el Evangelio santo
Y adoraré la Cruz.

Juan de Ariza.

Conversión y curación

Gabriel Gargan, de 30 años de edad y residente en Angulema, era el encargado principal de correos en la línea de Orleans (Paris-Bordeaux) y en la catástrofe de Montmoreau, departamento de Charente, fué lanzado de su vagón á 18 metros de distancia. Fué recogido sin sentido, en un estado horrible, con heridas graves en la cabeza y piernas y lesiones juzgadas mortales, en la región dorsal. La sensibilidad había desaparecido; estendido sobre la camilla no podía hacer ningún movimiento de la cabeza, ni de sus miembros.

Veinte meses llevaba en esta postración cuando le hablaron de Lourdes, mas como era incrédulo era preciso se convirtiera antes. Acudieron á la oración y hé ahí que el 15 de Agosto festividad de la Virgen, la gracia entró en su alma; se hallaba vuelto á Dios por medio de una buena confesión y al día siguiente 16, pidió, para ponerse en regla, como dijo él mismo, la Santa Comunión.

Mas ¿cómo acceder á sus deseos, si desde hacía bastantes meses no podía recibir ningún alimento, sino algunos líquidos que le introducían por medio de un tubito? Viéronse obligados á reducir la Sagrada Hostia á una pequeñísima parte. «Cuando la recibí en mi pecho,—decía á los que le rodeaban,—sentí un calor muy grande y como si me volviera la vida.»

Su estado era tan lastimoso, que fué preciso encargar una camilla especial para transportarle á Lourdes. Ya para entonces, y después de un minucioso y prolongado exámen, el Tribunal judicial había declarado que Gargan no era más que un *resto humano* y había condenado á la Compañía de Orleans á indemnizarle con 60,000 francos y pagarle una pensión vitalicia de 6,000 francos al año. El mismo médico de la Compañía, aconsejaba á ésta, no se preocupase de esta pensión por cuanto el término fatal no se haría esperar mucho para el agraciado.

Llegado á Lourdes, le colocaron en una tabla para bañarle en la piscina; le pareció que la inmersión le dejaba independiente de la tabla y aún de la camilla. El 20 de Agosto llevado á la Gruta sintió una especie de picazón por todo su cuerpo; era la sangre que comenzaba á circular. Aquél mismo día, al paso del Santísimo Sacramento se sintió como electrizado y con ganas de andar. Declaró á su madre que la tenía á su lado, que quería levantarse, olvidándose de que no estaba vestido. Trabajo les costó el retenerle, pero ante sus insistencias le cubrieron con las ropas que contenía la camilla y comenzó á andar delante de aquella gente. En seguida su madre mandó comprarle un vestido, con el cual se presentó en las oficinas de constatación. Allí fué reconocido por los médicos y declararon por unanimidad el acontecimiento absolutamente extraordinario.

Sus piernas descarnadas parecían huesos de esqueleto. Al tercer exámen, el doctor Boissérie dijo que podían telegrafiar al señor Obispo de Angulema que la curación había sido radical y por tanto verdadera. Gargan fué á la gruta, se puso de rodillas como todos los demás y comulgó sin dificultad ninguna.

La emoción fué grande en Lourdes y sobre todo en el hospital donde se encontraban sus demás compañeros enfermos, quienes al verle entrar sano y bueno le decían:

«Pero la Compañía va á hacer un proceso á la Virgen? ¡Oh!, contestaba éste, con voz clara y fuerte, no es de la Compañía de quien nos hemos de ocupar, sino de la Santísima Virgen.—En efecto, le respondieron, tiene usted que darle las gracias y serle reconocido por una curación tan milagrosa. Muchísimo más que eso, tengo que agradecerle, contestó; sobre todo tengo que darle las gracias por haberme dado la fé, que es un bien muchísimo mayor que la salud del cuerpo.»

Este es, uno de tantos milagros, que ha llamado la atención en estos últimos días milagro que hasta en sus menores detalles ha sido transmitido á los periódicos protestantes de Inglaterra por sus corresponsales presentes en Lourdes.

De «La Constancia.»

¡Práctica! ¡Práctica!

Hay pocos hombres, relativamente hablando, que se crean á si mismos impíos ó irreligiosos, y no obstante hay en el mundo, también, relativamente hablando, poca religión. ¿Cómo se explica este fenómeno? ¿En dónde está la contradicción? ¿En la palabra, ó en las ideas?

En las primeras, á mi pobre parecer: en las palabras. Vas á entenderme, querido lector.

No se tiene generalmente de la Religion el concepto que debe tenerse, y por esto son muchos, muchísimos, los hombres que creen tenerla, cuando no la tienen en realidad. La contradicción, pues, que te acabo de señalar es pura apariencia. La verdad tristísima, por más que amargue decirla, es que son muchos los hombres irreligiosos, y que hay poca religion.

¿Qué es en efecto, la Religion? Dos cosas significa esta palabra, dos cosas que son una sola. Significa un conjunto de verdades que hemos de creer, y un conjunto de preceptos que hemos de observar; Y si falta un solo punto de esos; si no se cree todo lo que se debe, y si se hace profesión de no observar todo lo que se manda, entonces... el hombre que tal hiciere será pacífico, sobrio, honrado al uso del mundo, será todo lo que quiera ó todo lo que pueda, pero no será un hombre religioso, no tendrá religion porque tener religion es tenerla toda, y religion mutilada no es verdadera Religion.

No parece comprenderlo así un joven-amigo mio, trabajador por más señas. Cuando atentamente le considero, téngole más lástima que á los ateos furiosos. Es hombre de bien á su modo de pensar, pues ni roba, ni mata, ni insulta, ni se mete en pendenencias. Nunca se le oyó palabra alguna contra la fe, pero... este pero es tristísimo; tampoco se le ve practicar acto alguno de ella. Quiérenle todos por su amabilidad y buen trato; es simpático; al morir será llorado por sus amigos; pero... ¿que le han de valer ante Dios las simpatías todas que pueda haber inspirado acá en el mundo su bondadoso carácter? ¡Y no obstante, él se llama católico!

Hay mucho de eso, lectores míos, en la sociedad que nos rodea; hay mucho de ese catolicismo que no se practica y que por lo tanto no es catolicismo. Y hay más aún. Además de los indiferentes por sistema, que se juzgan hijos de la Iglesia sólo porque no la persiguen; además de los distraídos que se creen buenos sólo porque no piensan más que en su negocio; hay muchos que en conversacion, en periódicos, en la cátedra, en el Parlamento os hablarán muy gravemente del Ser Supremo, del sentimiento religioso, de la civilización cristiana, etc., etc., y no obstante, ni un minuto de su vida han consagrado á la glorificación y adoración de ese Ser Supremo, ni un acto solo puede citarse de ellos en testimonio de aquel su sentimiento religioso y de estas ideas cristianas que con tanta elocuencia saben ponderar.

¡Ah! ¡siglo de elocuente palabrería! ¡Menos hablar de religion y más practicarla! Y si hablar es indispensable para defenderla, de fiéndala al mismo tiempo nuestra vida, y déncle claro testimonio de la verdad todos los actos de ella.

Oyelo bien, pues, querido lector; tener religion es practicarla, y si no la practicas no la tienes; tan ateo eres como el que más.

Tener religion es practicarla, y practicarla es precisamente lo que ciertos despreocupados hallan de mal tono y de pésimo gusto.

Cosas de mujeres, dicen; ¿quien va á meterse ahora á devoto?

Practicarla es rezar sus oraciones como los niños y las mujeres; como los niños y las mujeres, ¿oyes? y esto por hombre barbudo que seas, y por muy alto que sea tu pedestal. Rezaron como los niños y las mujeres hombres de genio como Bossuet, Newton, Balmes y Donosc Cortés; rezaron grandes filósofos, insignes poetas, esclarecidos capitanes; rezaron como tu mujer y tus hijos, y ¿había de rebajarte á tí ese rezo dirigido á Dios, hombre de poca fe... y de poca razon?

Practicarla es cumplir fielmente todos los mandamientos de la ley de Dios, de nuestra Santa Madre Iglesia y obligaciones particulares de cada uno.

Practicarla es frecuentar los Sacramentos sin temor al que te llamará por eso santurrón, hipócrita ó mojigato. Los Sacramentos son la esencia de la Religion.

Practicarlo es guardar sus fiestas y hacerlas guardar, y no robar á Dios y al pobre el día santo que no es tuyo, sino de ellos. ¡Respetar lo ajeno, ladrón del culto de Dios y de la fé del pueblo!

Practicarla es tener amorosa devoción á sus Santos y en particular á María Santísima la primera de todas (rezándola diariamente en familia el Santísimo Rosario que es una de las devociones que más la agradan). De lo contrario, eres en la práctica protestante.

Practicarla es... y ¿cómo citar aquí hasta el fin todos y cada uno de los deberes prácticos de católico práctico, que es el único católico verdadero? Practicar la Religion es, en menos palabras, hacer todo lo que ella

recomienda y no hacer nada de lo que ella reprueba, y si así no se vive, si así no se obra, no hay remedio, no se tiene religion; lo que se tiene es un ateísmo vergonzante, peor tal vez que el ateísmo sistemático y descarado. ¿Por qué no gritais entonces: No hay Dios?

¡Práctica! ¡Práctica! ¿Sabeis por qué se hunde el mundo? No es por falta de gentes que se llamen católicas; es por falta de gentes que lo sean prácticos. Dadme que lo sean de veras todos los que creen serlo y estamos salvados.

¡Práctica! ¡Práctica! La Religion no es principalmente cuestion social, como se figuran algunos. Primariamente y principalmente es negocio individual de cada uno. Pues bien. Al morir no os salvará, nó, el dictado de católicos, ni el certificado de tales, dado por la pública opinion. Os juzgarán y os salvarán (ó bien os condenarán) vuestras obras, esto es, vuestra práctica.

¡Práctica! ¡Práctica! Esa es la piedra de toque con que se prueban las verdaderas convicciones. ¿Tienes prácticas católicas? Católico eres. ¿No tienes prácticas religiosas? Luego no tienes religion, por más que digas.

Obras son amores, y no buenas razones. Dime lo que haces, y te diré lo que eres. ¡Qué excelente punto de vista para un escrutinio de la conciencia en el presente mes del rosario.

BIBLIOGRAFIA

«EL ADALID SERÁFICO» Esta excelente revista que publican los PP. Capuchinos en Sevilla ha dedicado un número extraordinario á conmemorar el primer centenario del Beato Diego José de Cadiz.

Dicho número contiene trabajos literarios de verdadero mérito cuya lectura recomendamos á nuestros lectores.

BIBLIOTECA SACRO-MUSICAL. Hemos tenido el gusto de recibir las dos primeras entregas del tomo noveno de dicha Biblioteca que desde su fundación viene publicando excelentes obras de música religiosa.

Esta Biblioteca resulta de gran utilidad y por ello la recomendamos eficazmente.

Punto de suscripción: Señores Antich y Tena, San Vicente, 99, Valencia.

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » » » »
Un cuarto id.	1 » » » »
Un octavo id.	0'50 » » » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripcion en Madrid en la administracion de La Semana Católica, Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.